

y actuar; por esa razón se fía la conducta a la sensibilidad y a los sentimientos, con la inestabilidad que les caracteriza.

En esta situación el estado democrático no encuentra un modo de asegurar la libertad de la sociedad, no acierta a formular una enseñanza que permita hacer de las nuevas generaciones de hombres seres libres que se guíen por la razón y amen el bien común de todos los iguales. Y es que la conquista del estado democrático no es sólo un esfuerzo político, sino también y sobre todo antropológico. Sin los valores y la dignidad que la visión religiosa del hombre y de la creación suscitan la democracia no puede subsistir.

Este análisis se avalora también por sus resultados. Estos resultados se dividen en la formulación de los peligros inmediatos a los que nos vemos sometidos y la tarea que está a nuestro alcance llevar a cabo para evitarlos. El autor entiende que los riesgos principales de esta situación son el voluntarismo y la emotividad, que tiñen de su color incluso nuestro modo de vivir la religión, que tiene lugar generalmente al margen de la verdad y, en consecuencia, de una manera que incapacita para poder vivirla de mo-

do auténtico y profundo. El voluntarismo deriva del abismo que se abre entre verdad y libertad, cuando ésta última se entiende en términos de espontaneidad. Pero entonces no es posible ninguna discusión auténtica, queda únicamente el enfrentamiento de los intereses particulares. Pero éstos mismos no pueden definirse desde lo que es mejor para mí como persona, sino de lo que ahora mismo vivo como positivo. De este modo no se logra aunar los diferentes planos en los que se desarrolla la vida humana, que parece por momentos estragarse y se vivencia como fragmentación interior contra la que no hay respuesta. Esa misma situación impide la estabilidad necesaria para desarrollar aquello que podría salvarnos: las virtudes que potencia la propia subjetividad.

Finalmente el autor expone la necesaria ampliación de la razón y se centra en la práctica de la interdisciplinariedad que es posible en la universidad. Se trata de páginas hermosas que ayudarán a todos los que se dediquen a la enseñanza y abrirán horizontes a la actividad diaria de todo tipo de investigadores.

Enrique R. MOROS

Robert SPAEMANN, *El rumor inmortal. La cuestión sobre Dios y la ilusión de la Modernidad*, Madrid: Rialp, 2010, 234 pp., 13,5 x 20, ISBN 978-84-321-3815-7.

Este libro del conocido filósofo alemán Robert Spaemann (Berlín, 1928) es una colección de artículos del propio autor publicados a lo largo de un arco amplio de años, desde 1985 hasta 2006. Los textos giran en torno a la cuestión de Dios en el panorama cultural de la Modernidad y en el debate intelectual de nuestros días. A lo largo de sus

páginas se abre una reflexión en distintos frentes sobre ese «rumor de fondo» que está presente siempre en el diálogo (y el debate) de la cultura. Ese rumor antiguo que, a veces parece casi inaudible, pero que se resiste a ser acallado: la pretensión del cristianismo de que Dios existe, que se ha revelado y que ha venido al mundo en Jesu-

crísto. Spaemann hace presente la fe cristiana, con claridad y sin miedos, en diálogo con el pensamiento filosófico, hoy tantas veces agnóstico y ateo. La fe, por su propia naturaleza y por su propio contenido significativo, tiene carta de presentación y fuerza argumentativa en el discurso racional.

La temática de los capítulos es variada, aunque siempre con una unidad de fondo. «Quien ve bailar a la gente pero no oye la música, no comprende los movimientos que ve» (p. 12). Quien no comparte la fe cristiana no puede pretender juzgar la fe e interpretarla adecuadamente con meros parámetros culturales. Lo exterior sólo se entiende desde el interior. Pero tampoco la fe se agota en un sentido autorreferencial. La fe reclama –dice Spaemann– la misma universalidad que la razón, pretende una verdad que se presenta en la misma palestra racional que la ciencia. Dios es realísimo, y no se puede reinterpretar en claves subjetivistas o simbólicas.

Argumenta el autor en las primeras páginas que no cabe en verdad un tratamiento de la religión basado en su carácter funcional. La cuestión de Dios remite indefectiblemente a la realidad. Y en la otra dirección: «si queremos pensar lo real como real, tenemos que pensar a Dios» (p. 37). Hay una conexión intrínseca entre Dios, realidad y verdad, que se resiste a la interpretación funcionalista que ha pretendido parte de la Modernidad.

En otro momento, Spaemann analiza la epistemología moderna, que inicia su andadura con el nominalismo tardomedieval, se continúa con el positivismo de la Revelación por el que aboga Lutero (Dios lo hace y punto, no hay que buscar razones) y desemboca en la negación empirista de la metafísica («We really never advanced a step beyond ourselves», decía Hume). Ésta epistemología mina la realidad del Dios cristiano: si no hay razones que soportan la verdad cristiana, ¿por qué creer en la doctrina cristiana más que en otras cosas? (p. 72).

Resulta de gran interés la visión de la ciencia y la religión como dos modos de superación de la contingencia. Ahora bien, mientras la ciencia tiende a simplificarlo todo, la religión se constituye más bien como un proceso de destrivialización, una aceptación de la realidad del misterio. La verdad del cristianismo no expresa la perspectiva interior de una experiencia, sino que pretende que lo afirmado por la Revelación es real, sea o no experimental: la Creación, el más allá después de la muerte y la Resurrección de Cristo son auténticas «verdades de hecho», ejemplos elocuentes del sentido fuerte de realidad que pretende la fe (pp. 154-166).

Más adelante el filósofo alemán se detiene en la doctrina del pecado original, el cual supone una verdadera piedra de escándalo para el pensamiento moderno. Contra este dogma de fe chocan tanto el naturalismo, como el espiritualismo y el individualismo modernos. Y hasta tal punto es conflictivo que, a lo largo de la Modernidad, se suceden, uno tras otro, intentos diversos de crear explicaciones alternativas, equivalentes funcionales que, a la postre, resultan más complejas que la misma doctrina dogmática (pp. 167-189).

En el capítulo XI y último, que lleva por título «Sobre la situación actual del cristianismo», aparece una entrevista al propio autor que tiene un especial interés por poner de manifiesto, de un modo más directo y sencillo, algunas ideas de fondo presentes en su pensamiento, y que sirven al lector para situarse con los desarrollos discursivos previos más técnicos y, en ocasiones, de más difícil comprensión y seguimiento. En líneas generales, destacan en estas páginas la profundidad del diálogo con los pensadores modernos y el amplio tratamiento filosófico de los temas que, en muchos casos, resultan temas teológicos de gran calado. Una visión profunda e interesante de las relaciones del cristianismo con la Modernidad.

José Manuel FIDALGO